DESMORONAMIENTO

Jesús Greus (enviado a Proyecto Sherezade el 14-10-25)

"Ils ont la nonchalance de l'oubli."

Louis Lerne

Desproporcionadas arañas de Murano o de cristal de La Granja, cómodas y *bureaus* franceses, tapices de Bruselas, sillerías isabelinas, alfombras persas, *chinoiseries*, candelabros y bandejas de plata repujada, una biblioteca repleta de colecciones de libros encuadernados en piel, tibores japoneses flanqueando paisajes dieciochescos o retratos de provectos antepasados condecorados. Procurando no mirar hacia los lados, el hombre atravesaba, cabizbajo y silencioso, los grandes salones de aparato en el estrambótico y desmesurado piso que fue residencia de sus padres. A veces, sin quererlo, lo sobresaltaba su propio reflejo distorsionado en las aguas turbias de ovalados espejos venecianos, contenidas en dorados marcos barrocos.

En aquella casa vivía el hombre rodeado de espectros del pasado. Se le caía encima como un mausoleo sumido en soledad y silencio. Sus hermanos apenas la pisaban, por mesticia y desidia. Él, puesto que carecía de vivienda en la ciudad, ocupaba aquel piso a temporadas, resignado a atravesar una sucesión de salas destartaladas. Algunas tapicerías de brocado ostentaban manchas, y los muros exhibían churretes de infamantes goteras. Ya nada se reparaba, por lo que reinaba una rancia decadencia. Pero él no miraba nada de aquello en su larga marcha hacia la distante cocina,

acaso en pos de una botella de agua. A menudo, para ahorrarse el oprobio de ser testigo de tanto deterioro, optaba por recorrer la zona de servicio: un largo pasillo en ángulo, con angostas y desnudas habitaciones a un lado. Era un pasaje en penumbra, de muros vacíos, que le procuraba cierto repelús. Cualquiera de las dos rutas que separaban su dormitorio, donde vivía recluido, de la cocina y el *office*, resultaba penosa para él. La considerable distancia era, por cierto, similar por uno u otro camino. Resultaba inevitable que el desaliento lo atenazara cualquiera que fuese el recorrido emprendido.

Aquello era un desmoronamiento no sólo físico, sino emocional. ¡Cómo pasa la vida!, solía decir su padre sintiéndose envejecer. ¡Y vaya si pasó!

Por las noches prendía luces en el gran recibidor con su estrafalario tresillo de góndola tapizado en ajada seda rosácea. Ante él había una mesa redonda de marquetería, sostenida por tres águilas doradas, sobre la que yacía un gran jarrón con un ramo de polvorientos y descoloridos floripondios de tela.

También encendía alguna luz en el salón. No le gustaba dejar éste a oscuras, pues era como un abismo tétrico que infundía respeto. Solía, pues, alumbrar el aplique sobre el gigantesco retrato de su abuela paterna, que presidía la sala. En medio de un paisaje arbolado, la dama figuraba vestida con un traje largo de gasa gris plomo, enjoyada con tiara y pulsera de brillantes. La estampa

resultaba monumental cual cartelera de cine. Viéndose asaltado por aquella nueva aparición, aprovechaba el solitario residente para elevar un pensamiento a la pobre abuela, que tanto sufrió en vida.

Su dormitorio era su refugio, un terreno neutral donde podía respirar a sus anchas. Exento de barroquismos y decoraciones excesivas, constituía un mundo propio. Lo ocupaban la cama entre dos mesillas de noche, una sencilla mesa de despacho, una librería, un televisor y un piano vertical, a más de dos armarios blancos empotrados. Aquella habitación austera contenía todo su universo, ajeno a aquel gran museo inservible dedicado a remembranzas de un pasado vetusto y extinto.

Fue duro habituarse a volver a residir durante un tiempo, reclamado por el fallecimiento de su progenitora, en aquella casa de la que huyó hacía treinta y pico años. Una vez más, había regresado aquel año por Navidad, tras volar desde Centroamérica. Llegó tarde: sus hermanos regresaban del cementerio. Así fue como se halló encerrado a solas en aquella tumba silente en que se había convertido la casa paterna. Él, que detestaba la Navidad, aunque regresara cada año, por acompañar a sus padres y someterse a la consabida tortura de celebraciones y ágapes familiares con tíos, primos y demás parientes cercanos. Y este año nefasto se vio encarcelado en la casa, en plenas fiestas navideñas, sin nadie con quien festejar, ni regalos, ni crema de almendras o roscón de reyes.

Un despropósito. ¡Y para esto había cruzado el Atlántico! La vida, a veces, es injusta.

Lo peor fue que solo, solo no estaba, pues en la casa aún vivía la última mucama rusa que atendió a su madre en sus últimos días. Su relación con ella era tensa, pues no podía resistir que aquella mujer implacable se obstinara en imponerle las antiguas usanzas, como servirle el almuerzo o la cena permaneciendo ella de pie tras él. Su primera noche, estaba practicando una pieza clásica en el piano cuando, a las ocho en punto de la tarde, la rusa llamó a su puerta para ordenar con acento eslavo e imperioso: "¡La cena estar lista!". El, asombrado, se revolvió hecho una hidra y respondió que no pensaba cenar hasta las nueve. "¡Ya iré cuando me apetezca!". La sirvienta se retiró compungida. Peor aún fue cuando, una hora después, se dirigió al *office* para cenar, y halló la mesa puesta en el comedor, como toda la vida. Un único servicio para él. ¡Qué estupidez! Se resignó por esta vez, y se sentó a cenar, servido por la rusa, bajo la colosal araña procedente de un incendio en el palacio real de La Granja. Al día siguiente mandó que las comidas le fueran servidas en el cuarto de estar. La mujer, indignada, se alejó hacia la cocina protestando en ruso.

Todo hay que decirlo, era una sirvienta de una eficacia impecable, trabajadora infatigable. Le devolvía la ropa, a diario, lavada y planchada, para preguntar a continuación qué más debía hacer. Él no tenía nada más que encargarle, así que le sugería que se

ocupara en regar las plantas de la terraza. Cuando llegaba de viaje, en seguida se personaba ella en su cuarto, mientras él deshacía la maleta, para pedirle la ropa sucia y preguntar qué deseaba cenar. Lo sacaba de quicio aquel atosigamiento de la mujer. Desde luego, de vaga no tenía un pelo, pero pelma lo era un rato largo. ¡Tener que sufrir esto él, habituado a vivir solo! xxx

* * *

Un lucerío deslumbrante, y mucho ajetreo, lo despertaron durante una sobremesa. Se asomó al gran vestíbulo, donde el criado ayudaba a su padre a colocar el árbol de Navidad. En seguida, él mismo y sus hermanos, unos micos, se enfrascaron en la divertida tarea de colgar las bolas y adornos del árbol. A esto siguió la instalación del nacimiento: primero, el paisaje pintado del fondo, las casas y las bombillitas que alumbraban aquéllas. Entonces, su padre se retiraba y dejaba a los niños disponer las figuritas de barro, el pozo, el río de papel de aluminio, las palmeras de tela despeluchada, a más de los rebaños de ovejas, las gallinas, los cerditos, alguna paloma sobre un tejado. Como era inevitable, los niños jugaban durante las vacaciones navideñas con aquel fascinante paisaje exótico. Un día, al levantarse sus padres, descubrían con sorpresa que las casitas habían amanecido nevadas con polvos de talco. Cada día, los zagales pasaban largos ratos cambiando figuras de lugar, toqueteando los rebaños de ovejas, las gallinas, los perros, haciendo avanzar a los Reyes Magos con sus pajes hacia el belén. Ni que decir

tiene que, con el paso de los años, muchas figuras terminaron mancas, a los animales les faltaba alguna pata, el pescador a orillas del río de plata carecía de cabeza. No obstante, aquella aldea de labriegos mutilados, perros y caballos cojos, y gallinas descabezadas, tenía su aquél.

Otra tarde, hallándose solo en la casa, regocijado en ausencia de la rusa, se topó en la biblioteca con mamá, que corría ajetreada de un lado a otro colgando vistosos adornos sobre mesas, chifonieres y chimenea, así como en la puerta principal. Más tarde, elaboraba un ostentoso ramo, sobre una aparatosa fuente de plata repujada en la mesa del comedor, con ramajes, tulipanes, anémonas y junquillos. De la cocina escapaban exquisitos aromas de asados, hojaldres y budines. Por lo visto, esperaban a cenar a quince personas. Todo aquello fue una breve aparición, tan real, que hasta percibió el perfume de violetas de su madre. Hubiera podido abrazarla o rozar su vestido de organdí. Pero, tan de súbito como surgió la aparición, se extinguieron las luces de las arañas, las risas de los niños, el ir y venir del servicio, los aromas procedentes de la cocina. El hombre se halló de nuevo solo, deambulando triste a lo largo del decrépito casoplón.

Furtivo, recorría algunas tardes los lúgubres y apagados salones de aparato. Ineludible detenerse aquí o allá, en su cansino itinerario por estos espacios ahora ociosos, para rememorar aquellos célebres festejos, cócteles, cenas y convites de sus padres, siempre

tan sociables. Si pasaban algunos días sin recibir invitados, su padre se le quejaba en cuanto entraba él por la puerta procedente de allende la mar: “A tu madre le ha dado por no querer invitar. Y te diré, la sociedad te olvida si no mueves la campanilla.” Ella protestaba: “Pero, *chini*, ¡si hace apenas dos semanas hemos tenido cenando en casa a doce personas!” “¿Dos semanas? - replicaba él malhumorado- ¡De aquello hace lo menos un mes!”.

Y ahí los dejaba él, mientras se iba a deshacer la maleta, discutiendo acalorados en el cuarto de estar.

* * *

Una tarde, estaba leyendo en su cuarto al anochecer, cuando lo alertó un rebumbio de sarao. Como siempre hacían los hermanos de chicos, acudió a abrir con sigilo la puerta que daba al vestíbulo, iluminado de cabo a rabo. Por un resquicio, espió cómo el criado, vestido con chaquetilla y guantes blancos, abría la puerta a los invitados. Reconoció al alcalde de turno, al infante don no sé cuántos, a la Gran Duquesa de Rusia, junto a la sociedad más encumbrada de la ciudad: todas las testas tituladas habidas y por haber. ¡Qué pereza!, comentó a sus hermanos. Tendremos que permanecer escondidos en nuestros cuartos y cenar en la cocina. Eso sí, habría suculentas sobras del festín: aperitivos calientes, hojaldres rellenos de marisco, una pata de jamón dulce acompañada de cabello de ángel y confitura de frambuesa, perdices al chocolate, ensalada cubana de frutas, *bavarois* de piña con nata.

El hombre se relamía en su butaca con aquellas suculentas remembranzas, cuando lo despertó la voz autoritaria de la rusa para preguntarle desde el marco de la puerta: "¿Y qué querer cenar?" A punto estuvo de responder: "¿Y a usted qué le importa?" No hacía nada por disimular la antipatía que le inspiraba aquella mujer seca y brusca. Además, le hastiaban sus comistrajos. A menudo le regalaba con platos típicos de su país. Ese día, el hombre se quedaba sin comer. Esto cuando no se empeñaba en elaborar una gigantesca tarta para el postre, de color rosa, rellena de nata. "¡Le he dicho veinte veces que no tomo dulce!" Ella tampoco se mordía la lengua: "Pero bien que se lo bebe. ¿O usted creer que el vino no tener azúcar?" "Eso no es asunto suyo," respondía él malhumorado. Aquella tarde que interrumpió sus placenteros recuerdos, terminó por alegar que no tenía hambre, que no sabía qué iba a cenar, ya decidiría después. "Yo tener prisa," declaró ella, y añadió amoscada: "Cocina no se improvisa". Terminó él por anunciar que cenaría fuera, sólo por fastidiarla, aunque más le fastidiara tener que calzarse, abrigarse y bajar a la fría calle. "Siempre fuera. Siempre fuera," se alejó quejándose la mujer.

Había otro rasgo intolerable de aquella vieja soviética. Así la apodaba él, "la soviética", pues había pasado la mayor parte de su vida bajo el régimen de la URSS, al que añoraba. No era, pues, de extrañar que fuera firme defensora de Putin y de sus aspiraciones imperialistas, tema que era objeto de discusión con frecuencia entre ambos. Pero, política aparte, había otro rasgo enervante de la

energúmena aquella. La mujer tenía una fe ciega en la medicina natural, y ejercía de curandera con sus camaradas rusas. Al hombre le reventaba descubrir en la cocina, cuando se quedaba los fines de semana libre de ella y contentísimo, grandes tarros de cristal rellenos de repugnantes hierbajos, cáscaras de limón y cosas inidentificables. Se pasaba ella la semana afanada en cocimientos, allá en la cocina, cuyo olor a perro muerto invadía la casa y llegaba hasta el cuarto de él. Había tarros de aquéllos también en la terraza, a la fresca, y, lo peor de todo, incluso otros más pequeños depositados en la nevera, ocupando la mayor parte del espacio. Tenía él que buscar acomodo, entre aquellos repugnantes frascos, a los caprichos comestibles que se compraba sus dos únicos días de libertad: sábado y domingo.

"Usted tomar mucha pastilla," le recriminaba la rusa cierto día que le quiso aliviar una rodilla con un mejunje a base de miel caliente y herbajes diversos. Él rehusó rotundo, por lo que ella manifestó con suficiencia y una risa despectiva: "¡Ja! Yo no gastar en farmacia ni tomar un solo medicamento. Yo curar todo con medicina de mi país." Él le devolvió una mirada iracunda y respondió antipático: "Allá usted con sus potingues."

No se soportaban uno a otro.

* * *

En cada rincón lo asaltaba un recuerdo gozoso, de infancia o de adolescencia. A menudo, también le acometían remembranzas

amargas, que de todo hubo en esta vida. No en vano, sus hermanos y él fueron dignos representantes de una difícil generación que se entregó con pasión a la psicodelia, el *rock and roll* y la filosofía oriental.

En aquella casa, cada objeto estaba cargado de pasado, cada cosa representaba momentos, vivencias, escenarios. ¡Cuánta energía queda impregnada en los objetos! ¡Cuánta vida fosilizada! Obligado a aquel indefectible aislamiento, alguna que otra vez, durante una triste tarde invernal, lluviosa y fría, acometido por el insano vértigo de la remembranza, el residente solitario se regodeaba en acariciar porcelanas chinas, campanitas de plata, figurillas de ámbar rojo, retratos de familia. Cada uno de ellos encerraba en sí toda una vida, despertaba escenas sin fin de conciliábulos familiares, de risas y chascarrillos, de momentos alegres junto a sus padres y hermanos, o también de dramas menudos y de griteríos histriónicos. Mamá fue en esto, a diferencia de su padre, que era de carácter más estoico e introvertido, una actriz consumada. No obstante lo cual, debía reconocer él que también mamá hubo de sobreponerse a desasosiegos y decepciones a costa de sus cinco hijos. ¡Cinco melones! Ninguno hizo la carrera que sus padres esperaban de ellos. Y, lo que es peor, todos demostraron, de un modo u otro, diversos trastornos de conciencia, alcoholismo, drogadicciones varias, etc. Ya se sabe, los hijos casi siempre decepcionan. Y, con ellos, los tiempos cambian. Sin duda, no fue la de los chicos una generación fácil.

Tampoco la de sus padres en su juventud, que hubo de padecer una desgarradora guerra civil.

* * *

Lo peor vino después, cuando él mismo y sus hermanos, con galbana e indecible retraso, empezaron a retirar muebles y objetos heredados de sus padres. Hacía cuatro años que había fallecido su madre, y la realidad se imponía: aquella casa no tenía ya sentido. Pertenecía a otro mundo y a otros tiempos arrasados por el olvido de la muerte.

Así que ahora, cuando residía durante una temporada en la casa familiar, vagaba por salones semi vacíos, entre las trazas dejadas en los muros por el mobiliario ausente: las manchas ovaladas y negras de los dos grandes espejos venecianos, las de consolas y *bureaus*, a más de las de tapices y grandes cuadros. La vivienda se fue convirtiendo en un museo despojado y fantasmal, una amalgama de huellas, de recuerdos hueros, de dolorosos vacíos. Porque él, por supuesto, podía restituir, en su mente, cada pieza al lugar que ocupó en su día. Aquí estaba colgado aquel cuadro de la Virgen de la Leche; allá, el retrato del bisabuelo embajador y varias veces ministro en tiempos de Isabel II; más allá, la pintura veneciana atribuida a Canaletto, o el Muziano, o el tapiz de Bruselas, o el otro inmenso tapiz *Verdure* del comedor, o la cornucopia barroca, los grandes paisajes ficticios, los cuadritos orientalistas, etc., etc.

Él mismo, morador ocasional, se convirtió en un aparecido famélico y atribulado que erraba lánguido entre recuerdos

marchitos, fragancias olvidadas, álbumes de fotos de gente muerta, esquivando las pisadas de tantos seres queridos que hacía años que no hollaban aquellas estancias desiertas. Vagaba entre tumbas de objetos desaparecidos, entre muros vacíos y manchados, entre flores mustias de trapo pulverulento.

Ante tan lacerante ocaso familiar, optó por enclaustrarse en su dormitorio en cuanto entraba por la puerta. Allí dentro se abstraía del penoso ambiente enrarecido que lo rodeaba en aquella casa de sus dolores. Conseguía así olvidar, pensar en el presente, sobrevivir. Mientras tanto, oía de lejos a la rusa, que proseguía infatigable sus tareas domésticas, emperrada en mantener aseada aquella casa saqueada. A pesar de ser mujer tan enérgica, se la percibía algo mohína, sabiendo sin duda que pronto se quedaría sin trabajo.

En las noches, tras la desaborida cena servida por la rusa, y la consiguiente discusión por si había asado las patatas con mantequilla, cosa que ella negaba tozuda, aunque fuera evidente, él se aislaba en su cuarto. Llegaba entonces hasta sus oídos el rumor de pisadas que recorrían los salones vacíos. Le ponían los pelos de punta, pero se sosegaba al recapacitar que no eran tales, sino crujidos del viejo parqué estremecido por los cambios de temperatura.

Un día, por fin, hastiado de tantas ausencias en el desangelado caserón, el hombre vació lo que le quedaba en los armarios, lo apiló todo en un par de maletas y abandonó el antiguo hogar familiar. Por

fin, se había decidido remozar el piso para venderlo. De mala gana, acudió a despedirse de la rusa, que brujuleaba por la cocina con un pañuelo anudado a la cabeza, entre humeantes y pestilentes perolas donde hervían yerbajos indefinibles. Ella le devolvió un seco adiós, y él enfiló por última vez el largo pasillo. Cerró tras de sí la puerta principal, con su imponente aldaba de bronce en forma de cabeza de león, y descendió las escaleras sin mirar atrás.

Según avanzaba, en cada peldaño se despedía de su pubertad, de su conflictiva juventud, de la imborrable memoria de sus padres y de tantos sinsabores o momentos felices. La vida, por mucho que uno pretenda lo contrario, es una permanente transformación. Nada es inmutable ni duradero. Le gustara o no, ante sí se extendía un incierto futuro. Destruido este santuario de su mocedad, ya no habría para él un hogar posible. Iría envejeciendo en tierras remotas, sin residencia fija, fantasma errante. Se abandonaría, como dijo el poeta, a la indolencia del olvido.

Octubre 2025